



¿Qué Historia enseñar?

Francisco J. Merchán Iglesias

I.B. "Guadalquivir"

Lora del Río (Sevilla)

RESUMEN

El debate sobre qué Historia enseñar o qué enseñar de la Historia necesita de una aclaración metodológica previa como es la de distinguir entre la Historia como conjunto organizado de saber y la Historia como objeto de enseñanza. Para ello es necesario establecer y caracterizar los elementos constitutivos del conocimiento histórico y los del contexto escolar en el que va a ser enseñado y aprendido; ambas perspectivas deben interrelacionarse sin que ello suponga una deformación de la Historia sino una adaptación al ámbito escolar.

Profesores, psicólogos, pedagogos y "aficionados" de diversos tipos tercián en una polémica de la que, curiosamente, están ausentes, salvo excepciones, los historiadores. La enseñanza de la Historia es motivo de actualidad y preocupación, hasta el punto de que ha llegado a plantearse su desaparición de determinados niveles educativos (Schools Council, 1976; Giolitto, P. 1986), esta preocupación e interés no atañe sólo a sus profesionales, sino que implica también a personas relacionadas indirectamente con la materia; el debate, en este sentido, ha alcanzado una extensión poco comparable con otras disciplinas, sin duda porque los problemas que recientemente se plantean son muchos y de muy difícil solución, ya que cuestionan elementos básicos del hasta ahora sólido edificio de la Historia y de su enseñanza.

Resulta interesante constatar como el debate sobre la enseñanza de la Historia en niveles no universitarios, va desplazándose desde los problemas metodológicos hacia la cuestión del objeto mismo de la enseñanza, es decir, en diversos foros se viene planteando no ya cómo enseñar Historia, sino qué Historia enseñar o, en otra perspectiva, qué enseñar de la Historia.

Los problemas de la enseñanza-aprendizaje de la Historia han sido puestos ya de ma-

nifiesto por algunos autores (Pereira, M. 1982); básicamente puede decirse que el origen de la "crisis" de la Didáctica de la Historia parte de dos constataciones: en primer lugar de las dificultades de comprensión por parte de los alumnos con respecto a la materia (naturalmente, a partir de que se empezó a considerar, y no en todos los casos, que la Historia, también tenía que ser "comprendida") y, en segundo lugar, de las insuficiencias del verbalismo y del memorismo como recursos básicos de aprendizaje; en esta doble problemática han venido coincidiendo diversos autores (Grupo Eina, 1980; Llorens, M. 1977; Grupo Germania, 1978.....). Lo que podríamos llamar dinamización de la Didáctica de la Historia, iniciada en España en la década de los 70, supuso, al menos recientemente, un primer paso para dar respuesta a estos y otros problemas. Los avances de la psicología cognitiva, particularmente la difusión de la teoría constructivista, están en la base de estos movimientos. Se trataba de concretar estos supuestos en una metodología determinada: la metodología activa, el alumno constructor de su aprendizaje, utilizando para ello el documento histórico e historiográfico como fuente de elaboración, frente a la explicación del profesor o la lectura del libro de texto.

Paralelamente se fueron incorporando a las programaciones de muchos profesores los postulados del materialismo histórico y de la escuela francesa de los "Annales", tratando con ello de enseñar una Historia más "científica" y solventando el problema de qué Historia enseñar, desde una perspectiva historiográfica.

El encuentro de una y otra línea de renovación se producía en materiales sobradamente conocidos por su difusión y uso aún en la actualidad. Me refiero concretamente a la publicación del grupo "Germanía", verdadero Rubicón de la enseñanza de la Historia en España, (Grupo Germanía, 1979).

Ciertamente no se ha hecho una evaluación rigurosa de esta singular e importante línea de trabajo (al menos no la conozco), pero la práctica durante varios años se ha encargado de poner de manifiesto las dificultades e insuficiencias de esta propuesta, sin por ello desmerecer su valiosa aportación al tema.

En el fondo subyace la intuición de que la llamada "metodología activa" no acaba de resolver los problemas de comprensión que la Historia plantea a los alumnos. En este sentido apunta la idea de que estos problemas no son exclusivamente de carácter metodológico (por mucho que haya que avanzar en este sentido) ni historiográfico, sino que afectan a la Historia en cuanto objeto de enseñanza.

Fundamentando la práctica y los resultados de la "enseñanza activa", se han ido estableciendo algunas ideas que pretendían y pretenden avanzar líneas de solución a estos problemas: por una parte se distinguía entre contenidos, en el sentido de informaciones estrictamente disciplinares, y otra serie de objetivos de aprendizaje, referidos estos a recursos, destrezas, capacidades, etc. Se consideraba que el objetivo de la enseñanza-aprendizaje de la Historia no era fundamentalmente la adquisición de determinados "contenidos" (diríamos la Historia en sentido estricto) sino el segundo bloque de objetivos, justificándose ello con una teoría similar a la que resuelve la disyuntiva entre dar un pescado y enseñar a pescar en beneficio del segundo de los términos. Si los alumnos no aprendían Historia tampoco se trataba de un asunto relevante, ya que era (o es) más importante que adquieran los recursos de todo tipo que le "permitirán aprender Historia". Este brillante razonamiento se ha completado más tarde conviniendo en denominar

contenidos también a los aprendizajes de recursos, capacidades, etc, con lo cual la cuestión se reducía a un problema nominal.

Independientemente de que puedan diferenciarse tan claramente entre estos dos tipos de objetivos de aprendizaje (cuestión dudosa, a mi entender), independientemente incluso de que sea o no fundamental aprender Historia (en determinadas edades creo que sí), entiendo que esta posición ha retrasado el debate sobre la Historia como objeto de enseñanza, ya que adopta una actitud evasiva hacia los problemas que plantea su enseñanza-aprendizaje, al ocuparse exclusivamente y en términos muy generales, de asuntos relativos al desarrollo intelectual de los alumnos.

Es en este contexto en el que parece necesario hoy cuestionarse ¿qué Historia enseñar? o ¿qué enseñar de la Historia?. El objeto de este artículo no es dar una respuesta acabada a un asunto tan complejo. Si sostendré dos hipótesis: en primer lugar la de que la decisión sobre la Historia que debemos enseñar tiene, precisamente, que tener en cuenta que no sólo puede tomarse en función de un sólo factor, sino que hay que considerar varios. En segundo lugar, relacionado con lo anterior, la hipótesis de que es necesario distinguir entre la Historia como reflexión organizada sobre el pasado y la Historia como objeto de enseñanza.

Efectivamente, hasta ahora, independientemente incluso de la metodología empleada, a grandes rasgos puede decirse que el único y, por tanto, decisivo factor a tener en cuenta es la Historia misma como conjunto organizado de saber. A mi juicio el debate con esta premisa resulta empobrecido, se reduce a discutir si deben enseñarse tales o cuales aspectos del pasado de la Humanidad, en función únicamente de las perspectivas historiográficas que se adopten. O bien, dada la longitud inabarcable del pasado, se discute si lo que se debe enseñar es tal o cual tramo de la Historia en función de su estructuración académica. En definitiva, se debate y decide sobre el objeto de enseñanza sin tener en cuenta todas las variables que intervienen en el aprendizaje que los alumnos puedan realizar, ocurriendo con ello un divorcio claro entre lo que pretendemos que los alumnos aprendan y lo que realmente aprenden.

Subyace en esta actitud la concepción de que el saber histórico debe ser enseñado tal cual se ha elaborado, sin tener en cuenta cómo

mo y en qué contexto puede ser aprendido, ya que ello, se dice, desdibujaría ese mismo saber. La posición que sostendré quiere poner de manifiesto que, precisamente por no tener en cuenta todos los factores que concurren en la enseñanza-aprendizaje, el saber histórico que poseen la mayoría de nuestros alumnos es un saber deformado, bastante alejado de lo que pretendemos.

¿Qué elementos, pues, deben tenerse en cuenta a la hora de establecer los contenidos de la enseñanza de la Historia?

El marco escolar.

La creencia de que los individuos aprendemos Historia exclusivamente en la institución escolar está suficientemente rebatida. El alumno recibe constantemente una gran cantidad de informaciones y conceptualizaciones que conforman un cierto aprendizaje de la Historia, en este sentido podemos decir que el saber histórico está presente en los medios de comunicación de masas y llega, por tanto, (de una manera determinada) a nuestros alumnos (Luc, J.N., 1981). Tener en cuenta este dato me parece sustancial a la hora de resolver problemas de aprendizaje, pero no es este el caso que nos ocupa; cuando me refiero a la enseñanza-aprendizaje de la Historia, me refiero a aquella que se produce en un contexto determinado, el contexto escolar.

Aunque influye en su definición, está claro que el marco escolar no se establece en función de que los alumnos vayan a aprender Historia, pero sí condiciona su aprendizaje. Qué Historia enseñar estará en función de los niveles educativos en los que la materia se imparte (no parece coherente tomar decisiones sobre un curso sin tener en cuenta el tratamiento de la materia en otros niveles, práctica muy habitual, por cierto, en la Administración educativa), el número de horas disponibles, el tipo de profesorado, los recursos, etc. Es decir, el contexto escolar, en el sentido que se está exponiendo, establece una serie de limitaciones que nos obligará a tomar opciones, escoger y desechar posibilidades, establecer prioridades dado que "toda la Historia" no puede ser enseñada ni aprendida en la vida académica. Sabemos que esto es fuente de una polémica inagotable: ¿qué es realmente importante?. A este respecto me interesa volver a llamar la aten-

ción, frente al "horror vacui" sobre el hecho de que la formación histórica no se agota en la institución escolar.

Pero además de estas limitaciones, el marco escolar impone otras que no afectan sólo a la Historia sino a cualquier otra disciplina. La más sobresaliente, a mi juicio, deriva del hecho de que los aprendizajes que en él se realizan no surgen de necesidades "naturales" sino sociales. En este sentido es lícito "desescolarizar" lo más posible la enseñanza, pero siendo conscientes de que esta es una tarea imposible, reconociendo al mismo tiempo las posibilidades que el contexto escolar ofrece.

Los alumnos.

Las posibilidades de aprendizaje de los alumnos con respecto a la Historia no son ilimitadas como quizás hasta hace algún tiempo se venía creyendo. La psicología cognitiva ha hecho recientes descubrimientos a los que no deberíamos ser ajenos, y que necesariamente van a afectar a la enseñanza de la Historia. Permítaseme una pequeña digresión: es curioso cómo apenas se cuestiona el hecho de que la Filosofía, por ejemplo, no se imparta en octavo de E.G.B., todo el mundo admite la extraordinaria dificultad de comprensión que ello conlleva, y sin embargo en pocas ocasiones se cuestiona que los programas de Historia de este nivel sean prácticamente similares a los de niveles superiores.

Efectivamente, los psicólogos admiten la existencia de distintas etapas de desarrollo en las facultades intelectuales, de tal manera que limitan el marco de los posibles aprendizajes. Ciertamente estos límites no son tan rígidos como en un principio se creía, pero de alguna manera hay que tenerlos en cuenta para establecer qué Historia enseñar en cada momento de la vida académica de nuestros alumnos.

Por otra parte, recientes trabajos (Carretero, M., 1983; Pozo, J. I., 1983; Pozo, J.I., 1985) relativos al aprendizaje de conceptos específicos manejados por la Historia revelan dificultades que generalmente no han sido tenidas en cuenta. La temporalización, la causalidad histórica, el relativismo, así como abstracciones como el poder, grupos sociales, etc., son algunos ejemplos de ello. Lo que queremos enseñar debe tener en cuenta a los sujetos a quienes queremos enseñar y qué es

lo que ellos pueden aprender. Hay cuestiones como la Física nuclear, las integrales y muchos conceptos históricos que difícilmente pueden ser asimilados por alumnos de cualquier nivel, independientemente de la voluntad que pongamos en ello.

Asumir las nuevas perspectivas de la psicología es obligado para el diseño de la enseñanza de cualquier materia; sentada esta necesidad, me interesa, no obstante, rechazar posiciones "deterministas" observables en ciertos círculos. Con frecuencia nuestra actitud reverencial hacia la psicología (habitual entre muchos enseñantes, al igual que la de desprecio absoluto) nos inmoviliza, sin tener en cuenta las limitaciones de una juventud, sin percatarse de que la investigación didáctica tiene, entre otros, el objetivo de componer el camino que va, en el aprendizaje, de lo que creemos necesario a lo que es posible.

En definitiva, sin caer en determinismos, ignorar que no toda la Historia, ni todos los elementos que componen el saber histórico, pueden ser aprendidos por alumnos de cualquier nivel educativo es, cuando menos, garantía de fracasos. Pero al mismo tiempo esta realidad nos plantea un nuevo problema: ¿qué y cuándo puede ser aprendido de la Historia?

La metodología.

El debate metodológico es el más vivo de entre los que se han planteado sobre la enseñanza de la Historia, es el terreno en el que realmente, sin entrar en su valoración, se han introducido significativas innovaciones (Grupo Germanía, 1978; Grupo Trece-Dieciseis, 1983; Leif, J., 1974; Zaragoza, G., 1977; Ballarini, A.M., 1979). El tema no es objeto de este artículo, pero sí voy a partir de una constatación: existe una clara correspondencia entre la metodología y el tipo de contenidos. O dicho de otra manera: cualquier método de enseñanza no sirve para cualquier modelo de organización de los contenidos de una disciplina. Baste para ilustrar esta idea la observación de que una metodología fundamentada en la participación activa de los alumnos en el proceso es incompatible con una organización de contenidos basada en una metodología transmisiva; ésta ha sido y es la experiencia de muchos enseñantes que hemos trabajado con materiales didácticos recientes.

El problema inicialmente es de carácter temporal, dado que distintas metodologías requieren ritmos distintos de trabajo en el aula, lo que se traduce en distintas posibilidades de objetivos abarcables. Pero la cuestión es más compleja puesto que si convenimos que al adoptar un modelo metodológico determinado entendemos que es el camino idóneo para conseguir aprendizajes, admitimos con ello que otros modelos no nos lo van a garantizar. Es decir, que por mucho empeño que pongamos en la asimilación de determinados contenidos, si no utilizamos una metodología adecuada no lo vamos a conseguir, pero, a su vez esa "metodología adecuada" requiere una organización específica de los contenidos.

Metodología y objeto de enseñanza (a ello me refiero cuando digo contenidos) son elementos que se relacionan mutuamente. Es necesario, no obstante, al igual que se hacía para la psicología, precaverse del determinismo metodológico, bastante frecuente por cierto, de manera que deformemos en tal medida la Historia como objeto de enseñanza que es posible que los alumnos aprendan mucho por las excelencias del modelo metodológico que usamos, pero no aprendan Historia. Lo cual, por otra parte, puede resultar extraordinariamente interesante, pero dejamos sin resolver la cuestión de la enseñanza-aprendizaje de la Historia.

Los objetivos.

Sin caer en la obsesión, denunciada por Gimeno Sacristán (1982); que la programación llamada por objetivos supuso para concretar y hacer operativas las metas educativas, la reflexión sobre lo que queremos conseguir es absolutamente necesaria y fundamental para decidir sobre los contenidos. Y sin embargo no es éste un debate frecuente, unas veces se obvia en aras de cierto practicismo, en otros casos se dan por sentado los objetivos que la tradición transmite. En el estado actual de cosas creo que es imprescindible reflexionar sobre el tema en los términos de cuestionarse cuál es el papel de la Historia en la formación de las personas. Naturalmente son varias y diversas las respuestas que al respecto podremos encontrar, no cabe duda de que en función de ellas los contenidos se articularán de manera distinta.

A grandes rasgos puede decirse que sobre el asunto planean dos posiciones: de una par-

te la de aquellos que potencian una visión culturalista, en la que, por motivos diversos, se considera como objetivo fundamental el conocimiento de las cosas que ocurrieron en el pasado. De otra parte se situaría una perspectiva "presentista" desde la cual el objetivo de la enseñanza de la Historia es la comprensión de los fenómenos colectivos en el mundo actual; ello no implica, como se verá más adelante, que los programas de Historia traten exclusivamente del pasado más inmediato.

A mi juicio no es correcto plantear la cuestión en términos alternativos como suele hacerse. Una y otra posición no son estrictamente contradictorias. Efectivamente, el objetivo básico de la enseñanza de la Historia es facilitar a los alumnos instrumentos que le permitan explicarse en qué mundo están viviendo y ello sólo es posible si se conocen los grandes rasgos del camino recorrido y de los puntos de partida. Pero al mismo tiempo la Historia permite conocer las normas de actuación de los hombres en determinadas circunstancias, la dinámica de los fenómenos colectivos en el pasado, pudiendo con ello comprender más fácilmente los comportamientos colectivos.

Esta orientación de los objetivos básicos (no se hace referencia a otros de gran importancia) necesita que los contenidos contemplen lo que podríamos llamar momentos relevantes de la Historia de la Humanidad, pero también que no se centren en transmitir un barniz cultural. En este sentido uno de los problemas más relevantes de la enseñanza de la Historia, a la hora de determinar los contenidos, es precisamente esa especie de fijación mental que reduce, en el sentido más estricto de la expresión, la Historia a unos "informativos" del pasado.

Cualquiera que sea la orientación que sigamos en la definición de los objetivos, no puede haber ninguna duda de que influirá en nuestra decisión sobre el objeto de enseñanza.

La demanda socio-cultural.

El sistema educativo es y debe ser una realidad inmersa en la dinámica social; menos que otra disciplina, la Historia no puede, ni debe, escapar a esa servidumbre. En alguna medida puede decirse que la Historia debe estar al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la Historia.

Desde diversas posiciones se ha defendido y defenderá una concepción de la Historia ajena a prácticas legitimadoras de situaciones políticas concretas, ajena a la justificación ideológica de conceptos que como los de "progreso", "modernización", etc., se presentan como universal y moralmente válidos.

Pero la Historia es, entre otras cosas, una reflexión del hombre de hoy, de cada época, sobre el pasado, sobre su pasado. De aquí que a la Historia se le pida que facilite respuestas, indique caminos, contribuya, en definitiva, a resolver los problemas y situaciones que la sociedad vive en cada momento. (Fontana Lázaro, J. 1982).

La Historia que vayamos a enseñar no va a ser, desde luego, fiel reflejo de la contingencia y problemática de cada día, pero desde luego no va a estar al margen del contexto socio-cultural en el que se enseña y se aprende, sin que con ello me esté refiriendo a una concepción localista de la enseñanza de la Historia. Ser permeables no significa en este caso manipular el pasado sino reflexionar fructíferamente sobre él.

Hay, pues, unas ciertas expectativas sociales acerca de lo que se espera que enseñe la Historia en un momento determinado y ellas constituyen otro elemento a tener en cuenta a la hora de examinar a la Historia como objeto de enseñanza, de lo contrario es posible que las clases se conviertan en cultos ejercicios de salón que poco o nada tienen que aportar a la formación de las personas o en frívolas y triviales consideraciones sobre el saber histórico.

La Historia.

Es posible que algún lector se haya impacientado por la ausencia, hasta ahora, de lo que podríamos llamar ingrediente esencial. Efectivamente, de lo que hablamos, lo que nos ocupa es el tema de enseñar y aprender Historia, en consecuencia el papel relevante de nuestra reflexión debe corresponder a la Historia, al saber histórico. (No intento entrar aquí en la polémica acerca del carácter de Ciencia o no de la Historia, ni sobre definiciones, bien planteadas en Carr, E.H. (1966); Chesnaux, J. (1984); Ciro Cardoso, F.S. (1985).

Ahora bien, decir que lo que queremos enseñar y que los alumnos aprendan es conocimiento histórico, Historia, es una afir-

mación bastante ambigua que necesariamente debemos concretar; a ello me gustaría contribuir con algunas observaciones.

Práctica habitual en esta cuestión es, como se dijo anteriormente, realizar una traslación mecánica del conocimiento histórico a las aulas, y no me refiero a las universitarias sino a las de EGB y Enseñanzas Medias. De tal manera es esto así que desde, a veces, cursos de la EGB hasta COU, se pretende enseñar siempre lo mismo, sólo que se va parcelando en etapas distintas nuestro conocimiento del pasado, o, curiosamente, se repiten etapas graduando no los niveles de conceptualización sino los de información sobre el pasado, ocurriendo con ello que un mismo episodio histórico es enseñado en octavo de EGB y COU con los mismos niveles de complejidad, pero con menos información en el caso de los alumnos del nivel inferior. (Echese un vistazo, por ejemplo, al tema de la Revolución Francesa en ambos niveles educativos).

Esta constatación sugiere algunas dudas acerca de la Historia: ¿Nos dedicamos a la enseñanza del conocimiento histórico tal cual, es decir, en toda su complejidad?, ¿En todos los niveles educativos?, ¿Cómo diferenciamos cada nivel?, ¿Sólo en función de ámbitos temporales y espaciales distintos, pero todos los temas tratados en su completa dimensión?, ¿Cómo graduamos los niveles de complejidad según las edades de los alumnos?, ¿Nos limitamos a proporcionar más información a medida que avanzamos de nivel?

Es evidente que el conocimiento histórico en su estado actual de elaboración no puede ser objeto de enseñanza en todos los niveles educativos si queremos que los alumnos aprendan algo de la Historia, de aquí que sea necesario asumir, por obvio que parezca, la distinción entre Historia en cuanto conocimiento elaborado e Historia como objeto de enseñanza. Desde mi punto de vista ésta es la cuestión clave para afrontar rigurosamente el debate sobre qué Historia enseñar, cuestión que en otras disciplinas está inicialmente asumida.

A partir de esta propuesta, que de alguna manera sugiere una metodología para el análisis del problema de los contenidos de la enseñanza de la Historia, la tarea fundamental es la de establecer los elementos mínimos que caracterizan el conocimiento histórico para posteriormente dilucidar cuáles de ellos van a ser desarrollados en el contexto

escolar, según los factores que anteriormente se han ido exponiendo.

Simplemente como apunte provisional señalaré algunas ideas al respecto:

Generalmente pretendemos reducir a una respuesta simple la pregunta sobre ¿qué es saber Historia?, sin percatarnos de que en el conocimiento histórico se encuentran multitud de elementos de diversa complejidad, no todos ellos necesariamente abarcables en el ámbito escolar.

La Historia se fundamenta en el relato de lo que ha ocurrido y en la conceptualización (reflexión abstracta) sobre ello, conceptualización que abarca un nivel descriptivo y un nivel explicativo. Al mismo tiempo el conocimiento histórico se fundamenta en una metodología para conocer y reflexionar sobre el pasado. Relato, conceptos y método son los tres elementos sobre los que pivota la Historia y los que tienen que ponerse en juego en su enseñanza. Resolver qué Historia enseñar es plantearse qué conceptos, cuál o cuáles relatos, qué aspectos del método y con qué secuencia a lo largo de la vida académica.

REFERENCIAS

- BALLARINI, A. M.; BAÑO, A. del; FERNANDEZ, A. y ROSSELL, M. (1979). *Trabajos prácticos de Historia*. Akal. Madrid.
- CARR, E. H. (1966). *¿Qué es la Historia?*. Seix-Barral. Barcelona.
- CARRETERO, M. y otros (1983). Comprensión de conceptos históricos durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje* núm. 23.
- CIRO CARDOSO, F.S. (1985). *Introducción al trabajo de investigación histórica. Conocimiento, método e historia*. Crítica. Barcelona.
- CHESNAUX, Jean (1984). *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*. Siglo XXI. Madrid.
- FONTANA LAZARO, J. (1982). *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Crítica. Barcelona.
- GIMENO SACRISTAN, J. (1982). *La Pedagogía por objetivos: obsesión por la eficiencia*. Morata. Madrid.
- GIOLITTO, P. (1986). *L'enseignement de l'histoire aujourd'hui*. Armand Colin. Paris.
- GRUPO EINA (1980). ¿Empollar o aprender Historia?. *Cuadernos de Pedagogía* Nº 65, págs. 53-57.
- GRUPO GERMANIA-75 (1979). *Materiales para la clase*. Historia. Anaya. Madrid.
- GRUPO GERMANIA-75 (1978). Historia para primero de Bachillerato, *Revista de Bachillerato*. 5, págs. 41-47.
- GRUPO TRECE-DIECISEIS (1983). "Hacer Historia: Un balance". *Cuadernos de Pedagogía*, 98, págs. 42-44.
- LEIF, J. y RUSTIN, G. (1974). *Didáctica de la Historia y la Geografía*. Kapelusz. Buenos Aires.
- LUC, J. N. (1981). *La enseñanza de la Historia a través del medio*. Cincel-Kapelusz. Madrid.
- LLORENS, M. (1977). "Dificultades en la asimilación de los modelos usados por las Ciencias Históricas por parte del alumno del primer curso de B.U.P. *Cuadernos de Pedagogía*, 34, págs. 8-10.

PEREYRA, M. (Comp.) (1982). *La Historia en el aula*. I.C.E. de la Univ. de la Laguna. Santa Cruz de Tenerife.

POZO, J.I. y CARRETERO M. (1983). Cómo enseñar el pasado para entender el presente. *Infancia y Aprendizaje* núm. 23.

POZO, J.I. (1985). *El niño y la Historia*. Servicio de Publicaciones del M.E.C., Madrid.

SCHOOLS COUNCIL (1976). *History 13-16 Project. A new look at history*. Holmes Mc. Dougall.

ZARAGOZA, G. (1977). Prácticas de Historia. *Cuadernos de Pedagogía* 34, págs. 4-7

SUMMARY

The argument about what to teach in History and which is the History to teach needs a prior methodological clarification, which can be to distinguish between the History as an organized body of knowledge and the History as a subject to be taught. So that, there is the need of setting up and characterizing the elements which constitute the school context in which that is going to be taught and learned. Both views may be interrelated but taking into account that this will not lead to a distortion of History but to an adaptation to the school context.

RÉSUMÉ

Le débat consistant à poser la question de savoir quelle Histoire il convient d'enseigner, ou bien consistant à se demander ce qu'il faut enseigner de l'histoire, a besoin d'une explication méthodologique préliminaire, comme par exemple: distinguant l'Histoire comme ensemble organisé de savoirs, et l'Histoire comme objet d'enseignement. Pour ce faire, il est nécessaire d'établir et de définir les éléments constitutifs de la connaissance historique, ainsi que ceux du contexte scolaire, dans lequel elle va être enseignée et apprise; les deux perspectives doivent être en interrelation, sans que cela suppose une déformation de l'Histoire, mais plutôt une adaptation au milieu scolaire.